



DEPARTAMENTO DE LITURGIA
ARZOBISPADO DE SANTIAGO



TIEMPO LITÚRGICO DE ADVIENTO 2024

En esta Navidad pongamos a
Jesucristo en el centro

El tiempo litúrgico del Adviento, con el que comienza el Año Litúrgico
y se prepara la Navidad, está cimentado en la esperanza.

EL TIEMPO LITÚRGICO DEL ADVIENTO

El adviento está cimentado en la esperanza



El tiempo litúrgico del Adviento, con el que comienza el Año Litúrgico y se prepara la Navidad, está cimentado en la esperanza. La esperanza, a su vez, hace referencia a una buena noticia, que en este caso es la venida del Señor. ¡El Señor viene! La Iglesia vive esa esperanza como un deseo: «¡Ven, Señor!» («Maranathá»). Esa esperanza y ese deseo nos han de llevar a relativizar muchas cosas, porque nos ayuda a ponerlas en relación con la venida del Señor. **El deseo de Dios cambia nuestra vida, la orienta.** La ausencia de Dios nos hace caer muchas veces en la monotonía y la pérdida de sentido, en la desesperanza.

Transformación de la propia vida y del mundo en que vivimos

¿Cómo cambia nuestra vida el saber que el Señor vendrá, al final de la historia, que «de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin»? ¿No es una esperanza alienante? En absoluto, porque suscita en nosotros algo nuevo aquí y ahora: unas actitudes que orientan nuestra vida hacia Él. **Las invitaciones de este tiempo resuenan con fuerza –«estad vigilantes», «preparad el camino del Señor»–, y no hablan de un cambio superficial, o de una alienación, o de un desentenderse de las cosas de este mundo. Justo lo contrario. Estas actitudes a las que nos invita el Adviento –que son propias no solo de este tiempo sino en general de la vida cristiana– nos sitúan en el aquí y el ahora, en la transformación de la propia vida y del mundo en que vivimos.**



El Señor viene a nuestro encuentro



Finalmente, me permito citar el prefacio III del Adviento, propio solo de algunos misales como el español y el italiano, que resume perfectamente esas actitudes que cambian ya nuestra vida y con la que salimos al encuentro del Señor, que viene: **«El mismo Señor que se nos mostrará entonces lleno de gloria viene ahora a nuestro encuentro en cada hombre y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio de la espera dichosa de su reino»**. Cambiamos nuestra vida no porque el Señor vendrá –sería una mera ilusión pensar que podemos hacerlo con nuestras fuerzas–, sino también porque viene hoy.

De esa visita intermedia, nos habla San Bernardo con gran sabiduría: «La primera, cuando vino por su Encarnación; la segunda es cotidiana, cuando viene a cada uno de nosotros por su gracia; y la tercera, cuando venga a juzgar al mundo».

Así, la primera venida del Señor, en la humildad de nuestra carne, suscita la alegría al disponernos a celebrarla en la Navidad. La segunda venida, al final de los tiempos, suscita la esperanza y el deseo. **La venida cotidiana, por la gracia, nos da las fuerzas para salir a su encuentro**, y por la caridad nos dispone y nos transforma.

Cambio personal y comunitario

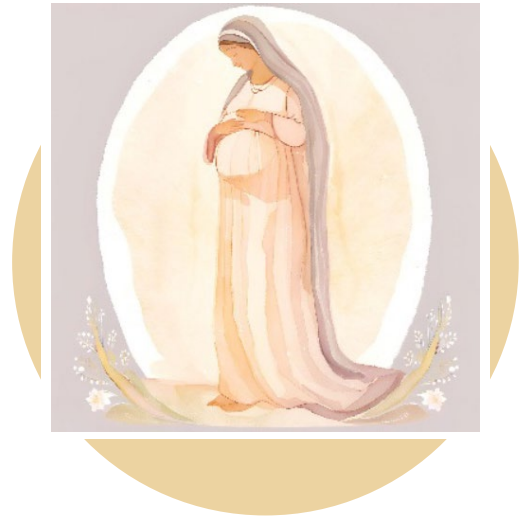
Las grandes figuras del Adviento nos ayudan a ver este tiempo como un cambio personal y comunitario que redunda también en los demás y en el mismo mundo. **Fijémonos por ejemplo en el mensaje de Isaías**. El segundo lunes de Adviento, por ejemplo, leemos el capítulo 35, donde nos habla de **la salvación de Dios**, que viene, que se presenta como una transformación, un cambio: El desierto y el yermo se regocijarán, se alegrará la estepa y florecerá, germinará y florecerá como flor de narciso, festejará con gozo y cantos de júbilo» (Is 35, 1-2). **O el martes de la semana I, donde resuena majestuosa la profecía sobre el renuevo que brota en el tronco seco**: «Aquel día, brotará un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz florecerá un vástago» (Is 11, 1), con todas las consecuencias de esa novedad: el lobo y el cordero que habitan juntos, el ternero que paca con el león, el niño que mete la mano hacia la madriguera del áspid sin recibir daño: «Nadie causará daño ni estrago por todo mi monte santo: porque está lleno el país del conocimiento del Señor» (Is 11,6-9). **O la maravillosa profecía del Is 2, 1-5, que leemos el mismo lunes de la primera semana**: «De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzaré la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra».



Junto a Isaías tenemos también la figura de Juan el Bautista, que no solo nos invita a salir al encuentro del Señor y preparar sus caminos, sino a hacerlo con una conversión concreta, en la que el prójimo no queda excluido «¿Qué debemos hacer?» (Lc 3, 10-14).

María, modelo para el cambio en Adviento

Pero si hay una figura en la que el Adviento se sintetiza y ese cambio del que hablamos se hace patente es la Virgen María, tan presente sobre todo al comienzo de ese tiempo, en la Solemnidad de la Inmaculada Concepción, y al final del mismo, en la semana IV. Como nos recuerda el prefacio IV del Adviento: «en el seno virginal de la hija de Sion ha germinado aquel que nos nutre con el pan de los ángeles, y ha brotado para todo el género humano la salvación y la paz».



La primera venida del Señor, en la humildad de nuestra carne, suscita la alegría al disponernos a celebrarla en la Navidad. La segunda venida, al final de los tiempos, suscita la esperanza y el deseo. La venida cotidiana, por la gracia, nos da las fuerzas para salir a su encuentro, y por la caridad nos dispone y nos transforma.

SÍMBOLOS PARA VIVIR EL ADVIENTO



El Adviento es la preparación para la solemnidad de Navidad. Y esta preparación requiere una preparación interna y una externa para que vivamos mejor este tiempo litúrgico. Podríamos considerar muchos signos que nos ayudarían a vivir el Adviento, tales como:

La austeridad litúrgica: sabemos que el Adviento no es un tiempo penitencial como la Cuaresma, sino que es un tiempo de preparación y espera gozosa.

El color morado de los ornamentos, que es un color en contraste al color blanco que tendremos por Navidad.

No cantamos el Gloria en la liturgia, que es el himno de los ángeles en Belén y que cantaremos solemnemente la noche de Navidad; si bien cantamos el aleluya.

LOS SIGNOS MÁS SIGNIFICATIVOS SON:

Una llamada

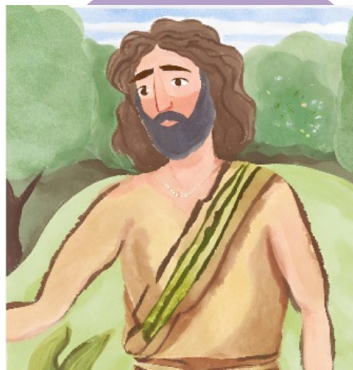
Resonará fuertemente en la Palabra de Dios:

*¡Preparen
el camino
del Señor!*

Tres voces

Las de Isaías, Juan el Bautista y la Virgen María María.

Dejemos que resuenen en nuestras vidas.



Un color

El morado de los ornamentos. Hace presente la esperanza, y nos recuerda que estamos en un tiempo de preparación y espera, en este caso a la Navidad. En el tercer domingo de Adviento - "Gaudete" - se suavizará en el rosa, para recordarnos que ya estamos avanzados en ese camino de preparación, para que no nos desanimemos.



Un símbolo. La corona de Adviento

No es propiamente un signo litúrgico, pero nos va haciendo presente el camino de nuestra preparación espiritual. Las luces van creciendo, hasta que recibamos al que es la Luz verdadera. El verde se va marchitando, pero brotará un renuevo. La corona que vemos en muchas Iglesias, podemos hacerla también en casa.

Un ambiente

La austeridad, que debe presidir nuestras iglesias y celebraciones: pocas flores, sobriedad en la música... ¡Centrémonos en lo importante! Pero también la alegría, subrayada sobre todo en el tercer domingo de Adviento, pero presente en todo este tiempo.



Una invitación

Porque el Adviento, más que nunca, es un tiempo de oración.



Novena de Navidad

La novena de Adviento, desde el 16 hasta el 24, que nos invitan a prepararnos más fuertemente para la Navidad.

La preparación del pesebre

Más grande o más pequeño, más sencillo o más artístico, es importante poner a Jesús en el centro de la celebración litúrgica y de nuestra historia.



Una virtud teologal

Que es, por tanto, un regalo de Dios: la esperanza. Sin olvidar las otras dos -fe y caridad- porque las tres van juntas y una no se puede dar sin las otras dos. Que realmente sean las actitudes que guíen nuestra vida cristiana.



¡Feliz Adviento!



DEPARTAMENTO DE LITURGIA
ARZOBISPADO DE SANTIAGO